

Un contemporáneo dice con cierta gracia que, en esta guerra los suecos, mas que las armas, emplearon las trompetas para enviar y recibir parlamentarios continuamente, y para facilitar las visitas que mutuamente se hacían los oficiales suecos y los rusos.

Catalina estaba enterada de todo y dirigía las negociaciones, sintiendo entre tanto cierta aversión por la traición de los oficiales. «Si el rey fuese otro hombre, dijo en cierta ocasión, podría compadecerse, pero ¿qué se ha de hacer? Es preciso aprovechar la ocasión de arrojar, si es posible, la mitra de la cabeza del enemigo.» La retirada de los suecos después de estos sucesos podía considerarse como una victoria, y así lo escribía la emperatriz al gran duque Pablo, que había tomado parte en la campaña de Finlandia (1). «Yo creo que tiene la cabeza trastornada,» escribía Catalina á J. J. Sievers, hablando de Gustavo III (2). La emperatriz creía haber ganado completamente la partida.

Y sin embargo, no tardó mucho en presentarse menos risueña la situación de Rusia.

El rey Gustavo consiguió en poco tiempo dominar la oposición de los miembros de la confederación de Anjala: los partidarios del rey procedieron con tanto éxito, que Catalina consideró prudente romper sus relaciones con los confederados. Gustavo supo aprovechar perfectamente la opinión de Suecia en favor suyo; un instinto recto guiaba á las masas que querían la monarquía en vez de la república aristocrática. A fines del año 1788, aconsejó la emperatriz á los finlandeses adictos á Rusia que procuraran salvarse con sus propias fuerzas, pues para nada podían contar con Rusia. «Podeis pedir gracia. No quiero engañaros; no puedo ayudaros mas,» les dijo (3). Algunos de los mas comprometidos huyeron á Rusia; otros fueron reducidos á prisión. Los triunfos que Gustavo consiguió en la guerra con Dinamarca le hicieron mas fácil la victoria sobre los rebeldes.

Dinamarca era la natural aliada de Rusia. Así como entre Rusia y Prusia existieron tratados cuyo objeto era una repartición de Polonia, del mismo modo entre Rusia y Dinamarca se firmaron convenios para llegar á una repartición de Suecia. En el tratado de 1766, las dos potencias enemigas de Suecia se habían garantido mutuamente el mantenimiento de la infeliz Constitución republicano-aristocrática sueca, firmándose además entre ellas una alianza defensiva para el caso de un ataque por parte de Suecia. Cuando Gustavo III llevó á cabo el golpe de Estado, Suecia podía tener ya por segura la intervención de Rusia y de Dinamarca. En Copenhague, como en San Petersburgo, se comprendía perfectamente que toda vigorización del poder monárquico en Suecia implicaba un robustecimiento en su política exterior. Gustavo III estaba convencido de lo peligroso que era para él hacer la guerra á ambas potencias á la vez, y en 1770 había manifestado ya que necesitaba tres ejércitos, uno en Finlandia, otro en Schonen y otro en las fronteras de Noruega.

Algunos hombres de Estado suecos aconsejaban al rey que firmara una estrecha alianza con Alemania, para poder con mayor seguridad dirigirse contra Rusia, pero Gustavo III prefirió buscar en Berlín y en Londres sus aliados contra Rusia y Dinamarca.

(1) Acerca de las relaciones de Carlos de Sudermannland con los rusos, véase mi trabajo, pág. 338. Respecto de Pablo y de Carlos, contiene importantes datos la *Russkaja Starina*, XV, 151.

(2) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XV, 146. Acerca de las negociaciones de Mussin Puschkin con Meyerfeldt, véanse las *Misceláneas* de Bernhardt, I, 124-126.

(3) Chrapowitsky, 30 de diciembre de 1788.

Catalina había firmado con esta última un tratado, en virtud del cual Dinamarca se obligaba, en caso de que Suecia atacara á Rusia, á hacer, con cierto número de buques y de tropas, una diversion en favor de los rusos, atacando por el flanco ó por la espalda á los suecos.

A pesar de esto, cuando estalló la guerra, Dinamarca no creyó prudente acudir resuelta y prontamente al auxilio de Rusia. Gustavo había esperado ser el agredido y por eso confiaba en que Dinamarca podría, sin faltar al tratado, negar su cooperación á los rusos. Pero presentóse el *casus federis* y Dinamarca hubo de cumplir lo prometido, si bien trascurrieron muchas semanas hasta que se decidió á comenzar la prometida diversion. A fines de junio, se cruzaron los primeros tiros entre las tropas suecas y las rusas, y hasta setiembre no se presentaron en territorio sueco las tropas danesas.

Catalina se quejó de la conducta de Dinamarca, tanto mas cuanto que al propio tiempo tenía sobrados motivos para quejarse del escaso éxito conseguido por sus aliados los austriacos en Turquía. «Mejor hubiera sido hacer la guerra sin tales aliados», decía, en su descontento contra Austria y Dinamarca. No obstante, en San Petersburgo se esperaba mucho del ataque proyectado por los dinamarqueses contra Gothenburgo.

Esta intervención de Dinamarca en favor de Rusia no se presentaba como una violación de su neutralidad: así lo creían con Dinamarca, Prusia é Inglaterra, cuyos representantes diplomáticos declararon que sus gobiernos no podrían permanecer indiferentes si los dinamarqueses enviaban contra Suecia mas tropas de las que se había obligado á enviar en pro de Rusia. El comandante de las tropas danesas, el príncipe Carlos de Hessen, cuando se preparaba á atacar los territorios suecos, declaró que el rey de Dinamarca no pensaba en hacer la guerra contra Suecia y que las tropas que mandaba eran meramente las tropas de auxilio que, conforme á lo tratado, debía Dinamarca poner á la disposición de Rusia.

Esta manera de ver la cuestión no podía prolongarse mucho tiempo. Por un lado Catalina se quejaba de que Dinamarca, en vez de presentarse como potencia beligerante, se hubiera contentado con enviar tropas de auxilio; y por otro lado no podía menos de causar gran asombro que los daneses invadieran el territorio sueco, atacaran á las tropas allí apostadas, se apoderaran de muchas ciudades situadas en suelo extranjero, como Uddewala y Wenersborg, y sostuvieran, á pesar de todo esto, que no se presentaban como potencia beligerante.

Suecia, Inglaterra y aun la misma emperatriz censuraron tan sutil distinción entre un estado de guerra y una «diversion con tropas auxiliares enviadas en virtud de un tratado.»

Pronto sin embargo tocó á su término tan indefinida situación.

Cuando el príncipe de Hessen se preparó á sitiarse á Gothenburgo, Gustavo, por medio del armamento del pueblo y de algunas hábiles operaciones, consiguió poner la ciudad en perfecto estado de defensa; y su conducta heroica en aquella ocasión privó á Catalina de las ventajas que la conjuración de los oficiales de Finlandia le había proporcionado. Además habiendo pedido el rey la intervención de Prusia y de Inglaterra, el embajador inglés, Elliot, se dirigió á Suecia, ofreció al gobierno sueco los buenos oficios de Inglaterra y afirmó que el príncipe de Hessen se había extralimitado de las instrucciones que le había dado el gobierno dinamarqués, y había avanzado demasiado con sus tropas. Manifestó además Elliot que Inglaterra y Prusia no podían ver en las tropas del príncipe de Hessen mas

que un ejército ruso, y amenazó á Dinamarca con un ataque de Prusia y de Inglaterra, si no suspendía en seguida las hostilidades. El príncipe de Hessen, por consiguiente, no pudo menos de firmar un armisticio por el cual Dinamarca debió permanecer neutral, y Rusia quedó sin esperanzas por este lado. «Estamos libres de dinamarqueses—escribía Gustavo III á su amigo el conde Stedingk (4 de diciembre de 1782)—y todos sus ataques no han servido mas que para despertar el sentimiento nacional y poner á mi disposición un ejército enteramente adicto (1).»

Catalina, sumamente disgustada, consideró la celebración del armisticio como un rompimiento del tratado. «Nunca hacemos nosotros esas cosas, decía indignada, sin consentimiento de nuestros aliados.» Hizo poner en conocimiento de la corte de Prusia que todo ataque contra Dinamarca sería considerado como una declaración de guerra á Rusia, y procuró excitar de nuevo á los daneses contra Suecia enviando con este objeto á Copenhague á Numsen con el carácter de plenipotenciario y enviado extraordinario.

Todo fué inútil: Dinamarca permaneció neutral (2).

El giro que iban tomando las cosas era sumamente favorable á la situación de Gustavo en Suecia. Habíase creído que la toma de Gothenburgo por los daneses contribuiría indefectiblemente á variar la Constitución sueca, en cuyo caso Gustavo hubiera visto malograrse el resultado del golpe de

Estado de 1772. Sin embargo los acontecimientos tomaron un rumbo diferente; el ataque de Dinamarca fortaleció considerablemente el espíritu nacional. Dicese que Gustavo, que se hallaba en Finlandia cuando la situación era mas crítica, al tener noticia del ataque de los dinamarqueses exclamó: «¡Ahora estoy salvado (3)!»

Durante el invierno de 1788 á 1789, reunióse en Suecia la Dieta, en condiciones muy distintas, todas favorables á Gustavo, el cual consiguió dar un nuevo golpe de Estado. La opinión pública concedió al rey plenos poderes para seguir la guerra, y entonces se creó una especie de dictadura militar tal como en aquel momento convenía á los intereses nacionales de Suecia (4).

A consecuencia de todo esto y á pesar de los triunfos obtenidos por Catalina en las guerras turca y sueca, la situación de la emperatriz se hizo en extremo crítica. La toma de Otschakoff, la victoria conseguida por los rusos sobre los suecos en Hoglandia y las ventajas obtenidas por resultado de la confederación de Anjala, poco significaban si los antiguos enemigos de Rusia, la Puerta y el rey de Suecia, se presentaban de nuevo como adversarios. En el Sur y en el Norte, se encontraba la emperatriz con la política inglesa y prusiana; y era difícil prever á dónde podrían llegar las cosas si ocurría un rompimiento con estas dos potencias.

## CAPITULO VIII

### ANTAGONISMO ENTRE INGLATERRA Y PRUSIA.—FIN DE LA GUERRA SUECA Y DE LA TURCA

Inglaterra.—Prusia.—Guerra sueca (1789-1790).—Combates navales.—Paz de Werela.—Guerra de 1789.—Muerte de José II.—Ultima faz de la guerra.—La paz

Las amistosas relaciones con Inglaterra habían favorecido, durante la primera guerra turca, las empresas de Rusia contra la Puerta. Rusia é Inglaterra parecían ser aliadas naturales: entre ambas potencias habíase firmado en 1766 un tratado de comercio; y la oposición que entre Francia é Inglaterra existía fué tan favorable á la emperatriz como el antagonismo que solía reinar entre Prusia y Austria (5). La misma guerra de la independencia americana fué una ventaja para la política rusa. Cuanto mas ocupada se encontraba Inglaterra en Occidente, tanto menos podía pensar en oponer se al engrandecimiento del poder de Rusia en Oriente; y lo que es mas, Inglaterra confiaba para la guerra de América en tener las tropas auxiliares rusas que había pedido: Catalina, sin embargo, rechazó tales proposiciones en una carta que escribió á Jorge III (6).

(1) *Memorias póstumas del conde de Stedingk*, I, 138.

(2) Véase sobre todo ese episodio mi trabajo *Neutralidad de Dinamarca durante la guerra ruso-sueca de 1788*, en la *Revista mensual báltica*, Nueva serie, II, 361-372.

(3) Geffroy, obra citada, pág. 665. Horft, *Historia de la última guerra ruso-sueca*, Francfort del Mein, 1792, pág. 112.

(4) Véase la descripción detallada de estos sucesos en mi *Historia de la guerra sueco-rusa*, pág. 166-172.

(5) Véanse los detalles de las relaciones entre Rusia é Inglaterra (1702) en Ssolowieff, XXV, 230, 374. XXVI, 110, 200. XXVII, 221, 321. XXVIII, 102, 202, 327, 412. XXIX, 65, 85.

(6) Ssolowieff, XXIX, 221-222.

Catalina había hablado siempre con desprecio de la debilidad de Inglaterra que no se encontraba en condiciones de mantener su soberanía en las colonias de América. Compadecía á un «gobierno que no podía castigar á sus súbditos rebeldes:» y vituperaba en términos muy duros á los «mercaderes de paños» que desde muchos años antes no hacían sino vacilar y dar pasos en falso. Burlábase de la guerra anglo-francesa, en la cual decía que no se ventilaban ni cometían mas que tonterías, y se representaba á Jorge III como un «pobre cuitado, un desdichado imbécil,» de quien no comprendía cómo podía consolarse de la pérdida de tan hermosas provincias como las americanas (7). Con frecuencia, mortificaba á su médico, el inglés Rogerson, hablándole de los desastres que Inglaterra había sufrido (8); y cuando el embajador inglés, Fitz-Herbert, durante la conversación que tuvo en 1787 con Segur en el coche de la emperatriz al regresar de Crimea á San Petersburgo, procuró demostrar que la pérdida de las colonias inglesas no había sido funesta, sino por el contrario ventajosa á Inglaterra, la emperatriz—que para no interrumpir la conversación se había fingido dormida—apenas pudo, al hablar después con Segur, encontrar palabras con que expresar el asombro que le había causado oír

(7) Véanse esas manifestaciones en la carta á Grimm, *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 92, 149, 191, 224, 395.

(8) Chrapowitsky, 30 de abril de 1786.